Algunas ideas de Cecilio Acosta

José Martí hizo el elogio de Cecilio Acosta y dijo de él que «era de aquellos que quedan despiertos cuando todo se reclina a dormir sobre la tierra». Porque era así en efecto, de los que vigilan mientras los pueblos duermen, lo que fué el profeta de otro tiempo, azor perspicaz del porvenir de las naciones o pájaros anunciadores de la tempestad, para recordar a Gorky.

Los timbres de Cecilio Acosta fueron: saber amplio sobre muchas cosas que interesan al hombre en su alma; ánimo bondadoso para juzgar a sus semejantes; juicio exacto y puro para sacar una lección útil de la conducta de los pueblos en la historia y una fe sincera en la justicia, que es lo único eterno que se va realizando y perfeccionando entre los hombres en medio del juego perpetuo de sociedades que se forman y de sociedades que desaparecen. También creía en la república, como una institución natural de la política humana, y veía con ojos visionarios los futuros días de una grande América organizada para la civilización y para el imperio de nuevas y saludables doctrinas.

No fué ruidoso su vivir, pues no quiso poner en las manos de la fortuna ni su inteligencia ni la paz de su alma, ni pretendió gastar aquélla ni su voluntad, hecha para mejor objeto, en las luchas estériles del hombre, lucha siempre de pasión desbordada y de egoísmo impuro. En cambio, él trabajaba por su nación en obra persistente y generosa y superior: en adoctrinar, desde la tribuna, desde la prensa, en el círculo de los amigos y en cartas sustanciosas y admirables.

Espíritu social el suyo que no consideraba la sociedad como un mero fenómeno de la vida del hombre; sino como institución organizada inteligentemente para el desarrollo de la conciencia humana, o mejor aún, como una grande escuela que puede servir a la virtud o al vicio según sean las ideas que dirijan su conducta. Lentamente se va llegando a eso y se llegará al fin, porque el bien que es activo no tuerce su camino ni sufre desvanecimiento. Se llegará a tener la República hecha para utilidad de todos, «no para oprimir» dice él, sino para que el hombre siga creciendo en las excelencias de su espíritu. Por eso se necesita vivir de doctrinas y tener maestros. Nuestras democracias constituyen un noble anhelo; en el fondo de ellas, o mejor dicho, en sus orígenes, hay una fuerte aspiración de justicia y una necesidad irresistible de libertad. ¿Por qué no se han podido desarrollar, y por qué son tan imperfectas, y por qué parecen ser enemigas de la libertad civil y de la justicia humana? Nuestras democracias han dado el peor ejemplo de un ideal noble sin fuerza propia para producir consecuencias perdurables. Y no es porque el hombre de América sea menos apto para conducta civil que el hombre de cualquiera otra parte del mundo. A muchos desespera el desorden en que vivimos, la idea de que el derecho es una mentira, de que la sociedad es una trama de convencionalismos, de que ser rico aun a costa del dolor ajeno, es una ventaja y de que la suerte del pobre es irremediable, y aún más, de que el gobierno es latrocinio, y persecución y engaño. Pero este mal presente no tiene por qué ser eterno. Estúdiese la historia de Inglaterra — pueblo de libertad ideal — y véase como tuvo largas horas de ignominia, de escándalo, no sólo abajo sino arriba. Si ha llegado a ser escuela de principios ciudadanos y aun hasta modelo de gobierno, tras larga lucha contra sus propias debilidades y contra vicios arraigados, fué por el trabajo de las ideas. No nos cansaremos de decir esto porque es una verdad de cuya virtud no queremos penetrarnos, pero país que no se ilustra, país que no estudia, país que no abunda en escuela, le prepara peligros a su porvenir y hace de su presente un suplicio.

Cecilio Acosta

No fué ruidoso su vivir, pues no quiso poner en las manos de la fortuna ni su inteligencia ni la paz de su alma, ni pretendió gastar aquélla ni su voluntad, hecha para mejor objeto, en las luchas estériles del hombre, lucha siempre de pasión desbordada y de egoísmo impuro. En cambio, él trabajaba por su nación en obra persistente y generosa y superior: en adoctrinar, desde la tribuna, desde la prensa, en el círculo de los amigos y en cartas sustanciosas y admirables.

Es necesario saber que civilización no es lujo, sino salud y que el progreso de un pueblo no es efectivo en nada allí en donde hay siquiera un hombre que no es capaz de explicarse por cuenta propia los intereses de su nación y está imposibilitado para tomar con respecto a ellos una determinación suya nacida de la luz de su inteligencia y de su ánimo benigno.

Nuestras democracias vivirán de sorpresas durante mucho tiempo; política terrible, por cierto, e infecunda, y verán que toda su labor es inestable y pasajera. Sin saber por qué caerán en el despotismo, sin saber por qué serán presas del caudillaje: un día las gobernará hombre bueno como por milagro y al siguiente día las gobernará el tirano; un día se verán ricos sin haber puesto grande esfuerzo en serlo y más tarde tendrán sus cajas exhaustas; hoy vivirán con instituciones justas y leyes sabias y luego andarán dando queja de no poseer leyes ni instituciones. Política de improvisaciones en donde el mal asecha con fortuna.

Cecilio Acosta vió que esto era también lo de Venezuela; pero no culpa del país por designio fatal, sino del hombre por poco juicio en el vivir, y se puso a hacer doctrina. Búsquense sobre todo sus cartas que son documentos dictados por la simpatía, fuerza productiva del buen consejo. En ellas, las cuales dirige a amigos insignes, siempre, hay lección sana para el ciudadano que no quiere vivir del último entusiasmo y desea patria, no de vicios, no de amenazas, no de complicidades, sino de justicia y de orden. Los que ya aman a Rodó y a Sarmiento y a Montalvo y a Martí, completen su lista de ciudadanos americanos con este nombre. No pierde al lado de ellos ni en cuanto a lo que supieron, ni en como amaron y sirvieron a la patria y la honraron; ni en los principios de su conducta

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "